

330.9

P.

H B L 63

.P7

V.L



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PRÓLOGO

Antes de entrar en la materia que constituye el objeto de estas nuevas memorias, necesito dar cuenta de una hipótesis que parecerá sin duda extraña, pero que es de todo punto indispensable para que pueda pasar adelante y ser comprendido: refiérome á la hipótesis de un Dios.

Suponer á Dios, se dirá, es negarle. ¿Por qué no le afirmáis?

¿Tengo yo la culpa de que la fé en la divinidad se haya hecho una opinion sospechosa, de que el simple hecho de sospechar la existencia de un sér supremo esté considerado como señal de debilidad de espíritu, y sea ésta la única de las utopias filosóficas que el mundo no tolera? ¿Tengo yo la culpa de que en todas partes se abriguen bajo este santo rótulo la imbecilidad y la hipocresía?

Viene un doctor, y supone en el universo una fuerza desconocida que arrastra los soles y los átomos, y pone en movimiento la gran máquina; y esta suposicion, aunque del todo gratuita, no parece sino muy natural, tanto que es de todos aceptada y alentada: testigo la atraccion, hipótesis que no llegará jamás á verificarse, y constituye, sin embargo, la gloria de su inventor. Pero cuando para explicar la marcha de las cosas humanas supongo, con todas las re-

servas imaginables, la intervencion de un Dios, estoy seguro de sublevar la gravedad científica y áun de ofender los oídos severos: tanto y tanto ha desacreditado nuestra piedad la Providencia, y tantas truhanerías hace por medio de este dogma ó de esta ficcion el charlatanismo de todos colores. He visto á los deistas de mi tiempo, y he sentido errar por mis labios la blasfemia; he examinado la fé del pueblo, de ese pueblo que Brydainé llamaba el mayor amigo de Dios, y me he estremecido por la negacion que de mis labios iba á escaparse. Atormentado de contrarios sentimientos, he recurrido á la razon, y es la razon la que entre tantas contraposiciones dogmáticas hace que me atenga á la hipótesis. Aplicado á Dios, el dogmatismo *à priori* ha sido estéril; ¿quién sabe á dónde la hipótesis nos conducirá á su vez?

Voy, pues, á decir cómo estudiando en el silencio de mi corazón, y lejos de toda consideracion humana, el misterio de las revoluciones sociales, ha venido Dios, la grande incógnita, á ser para mí una hipótesis, es decir, un instrumento dialéctico necesario.

I

Si al través de sus trasformaciones sucesivas sigo la idea de Dios, encuentro que esta idea es ante todo social; quiero decir con esto, que es más un acto de fé del pensamiento colectivo que una concepcion del individuo. Ahora bien, ¿cómo y en qué ocasion se verifica este acto de fé? Importa determinarlo.

Bajo el punto de vista moral é intelectual, la sociedad, ó el hombre colectivo, se distingue del individuo principalmente por la espontaneidad de accion, por otro nombre el instinto. Mientras que el indivi-

duo no obedece, ó se figura no obedecer, sino á motivos que conoce plenamente y es árbitro de aceptar ó de rechazar; mientras que, en una palabra, se cree libre, y tanto más libre, cuanto más razonador se siente y más instruido se halla, la sociedad tiene movimientos involuntarios, donde á la primera ojeada no vemos cosa que nos indique deliberacion ni proyecto previos, y poco á poco, sin embargo, nos parece ver la accion de un consejo superior que existe fuera de la sociedad y la empuja con irresistible fuerza hácia un término desconocido. El establecimiento de las monarquías y de las repúblicas, la distincion de castas, las instituciones judiciales, etc., son otras tantas manifestaciones de esa espontaneidad social, cuyos efectos es fácil notar, pero cuyo principio y cuya razon de sér son de difícil descubrimiento. Los esfuerzos de todos los que se han dedicado á la filosofía de la historia, áun de los que lo han hecho despues de Vico, Bossuet, Herder y Hegel, se han reducido hasta aquí á dejar consignada la existencia del destino providencial que dirige y preside todos los movimientos humanos. Y observo, á propósito de esto, que la sociedad ántes de obrar no deja nunca de invocar su genio, como si quisiese hacerse ordenar por el cielo lo que espontáneamente ha resuelto. Los sortilegios, los oráculos, los sacrificios, las aclamaciones populares, las plegarias públicas son la más ordinaria forma de esas deliberaciones ya deliberadas de la sociedad.

Esa facultad misteriosa, toda intuitiva, y por decirlo así sobre-social, que aunque poco ó nada palpable en las personas, se cierne sobre la humanidad como un genio inspirador, es el hecho primordial de toda psicología.

Ahora bien, á diferencia de las demás especies animales, sometidas como él á la vez á apetencias in-

servas imaginables, la intervencion de un Dios, estoy seguro de sublevar la gravedad científica y aun de ofender los oídos severos: tanto y tanto ha desacreditado nuestra piedad la Providencia, y tantas truhanerías hace por medio de este dogma ó de esta ficcion el charlatanismo de todos colores. He visto á los deistas de mi tiempo, y he sentido errar por mis labios la blasfemia; he examinado la fé del pueblo, de ese pueblo que Brydaine llamaba el mayor amigo de Dios, y me he estremecido por la negacion que de mis labios iba á escaparse. Atormentado de contrarios sentimientos, he recurrido á la razon, y es la razon la que entre tantas contraposiciones dogmáticas hace que me atenga á la hipótesis. Aplicado á Dios, el dogmatismo *à priori* ha sido estéril; ¿quién sabe á dónde la hipótesis nos conducirá á su vez?

Voy, pues, á decir cómo estudiando en el silencio de mi corazón, y lejos de toda consideracion humana, el misterio de las revoluciones sociales, ha venido Dios, la grande incógnita, á ser para mí una hipótesis, es decir, un instrumento dialéctico necesario.

I

Si al través de sus trasformaciones sucesivas sigo la idea de Dios, encuentro que esta idea es ante todo social; quiero decir con esto, que es más un acto de fé del pensamiento colectivo que una concepcion del individuo. Ahora bien, ¿cómo y en qué ocasion se verifica este acto de fé? Importa determinarlo.

Bajo el punto de vista moral é intelectual, la sociedad, ó el hombre colectivo, se distingue del individuo principalmente por la espontaneidad de accion, por otro nombre el instinto. Mientras que el indivi-

duo no obedece, ó se figura no obedecer, sino á motivos que conoce plenamente y es árbitro de aceptar ó de rechazar; mientras que, en una palabra, se cree libre, y tanto más libre, cuanto más razonador se siente y más instruido se halla, la sociedad tiene movimientos involuntarios, donde á la primera ojeada no vemos cosa que nos indique deliberacion ni proyecto previos, y poco á poco, sin embargo, nos parece ver la accion de un consejo superior que existe fuera de la sociedad y la empuja con irresistible fuerza hácia un término desconocido. El establecimiento de las monarquías y de las repúblicas, la distincion de castas, las instituciones judiciales, etc., son otras tantas manifestaciones de esa espontaneidad social, cuyos efectos es fácil notar, pero cuyo principio y cuya razon de sér son de difícil descubrimiento. Los esfuerzos de todos los que se han dedicado á la filosofía de la historia, aun de los que lo han hecho despues de Vico, Bossuet, Herder y Hegel, se han reducido hasta aquí á dejar consignada la existencia del destino providencial que dirige y preside todos los movimientos humanos. Y observo, á propósito de esto, que la sociedad ántes de obrar no deja nunca de invocar su genio, como si quisiese hacerse ordenar por el cielo lo que espontáneamente ha resuelto. Los sortilegios, los oráculos, los sacrificios, las aclamaciones populares, las plegarias públicas son la más ordinaria forma de esas deliberaciones ya deliberadas de la sociedad.

Esa facultad misteriosa, toda intuitiva, y por decirlo así sobre-social, que aunque poco ó nada palpable en las personas, se cierne sobre la humanidad como un genio inspirador, es el hecho primordial de toda psicología.

Ahora bien, á diferencia de las demás especies animales, sometidas como él á la vez á apetencias in-

dividuales y á impulsos colectivos, el hombre tiene el privilegio de percibir é indicar á su propio pensamiento el instinto ó *fatum* que le dirige, y tambien, como veremos más tarde, la facultad de penetrar y hasta de influir en sus decretos. Y el primer movimiento del hombre, embelesado y animado por el entusiasmo (el aliento divino), es adorar la invisible Providencia de que se siente depender; Providencia que llama DIOS, es decir, Vida, Sér, Espíritu, ó más simplemente Yo: palabras todas que en las antiguas lenguas son sinónimas y homófonas.

Yo soy YO, dice Dios á Abraham, y yo trato contigo... Y á Moisés: Yo soy el Sér. Hablarás á los hijos de Israel, y les dirás: El Sér me envía á vosotros. Estas dos palabras, el Sér y Yo, tienen en la lengua original, la más religiosa que hayan hablado los hombres, la misma característica (1). En otra ocasión, cuando Jehovah, haciéndose legislador por órgano de Moisés, atestigua su eternidad y jura por su esencia, dice, como fórmula de juramento: Yo; ó bien redoblando la energía: Yo, el Ser. Así el Dios de los hebreos es el más personal y el más voluntarioso de todos los dioses, y nadie mejor que él expresa la intuición de la humanidad.

Dios se presenta por lo tanto al hombre como un yo, como una esencia pura y permanente que se pone ante él como un monarca ante su vasallo, y habla, ya por boca de los poetas, los legisladores y los adivinos, *musa*, *nomos*, *numen*, ya por medio de la aclamación popular: *Vox populi*, *vox Dei*. Esto puede servir, entre otras cosas, para explicar como hay oráculos verdaderos y oráculos falsos; porque los individuos á quienes se aísla desde su nacimiento no llegan por sí solos á la idea de Dios, al paso que se apoderan de ella con avidez en cuanto se la presenta el alma colectiva; como, por fin, las razas es-

tacionarias, tales como la de los chinos, acaban por perderla (2). Por de pronto, respecto de los oráculos, es óbvio que toda su certidumbre nace de la conciencia universal que los inspira; y en cuanto á la idea de Dios, es tambien fácil comprender por qué el aislamiento y el *statu quo* le son igualmente mortales. Por una parte la falta de comunicacion mantiene el alma absorbida en el egoísmo animal; por otra la falta de movimiento, como va cambiando poco á poco la vida social en rutina y mecanismo, elimina al fin la idea de voluntad y de providencia. ¡Cosa extraña! la religion que muere por el progreso, muere tambien por la inmovilidad.

Observemos por lo demás, que con referir á la conciencia vaga y por decirlo así objetivada de una razon universal la primera revelacion de la divinidad, no juzgamos absolutamente nada sobre la realidad ó la no realidad de Dios. Admitamos, en efecto, que Dios no sea otra cosa que la razon universal ó el instinto colectivo: faltará todavía saber lo que esa razon universal sea en sí misma. Porque, como demostraremos más tarde, la razon universal no la encontramos en la razon individual; ó para mejor expresarnos, no es sino enteramente empírico, ni hubiera sido jamás adquirido *à priori* por via de deducción, inducción ni síntesis, el movimiento de las leyes sociales, ó sea la teoría de las ideas colectivas, por más que sea una deducción de los conceptos fundamentales de la razon pura. De donde se sigue que la razon universal á la que referimos esas leyes considerándolas como su propia obra; la razon universal que existe, razona y trabaja en una esfera que le es propia y como una realidad distinta de la razon pura, del mismo modo que el sistema del mundo, por más que esté creado segun el sistema de las matemáticas, es una realidad distinta de las matemáticas, de la cual no habria sido

posible deducir ni la existencia de las matemáticas mismas: la razon universal, digo, es precisamente en lenguaje moderno lo que llamaron Dios los antiguos. La palabra ha cambiado: ¿qué sabemos de la cosa?

Prosigamos ahora las evoluciones de la idea divina.

Una vez sentado el Sér Supremo por un primer juicio místico, el hombre generaliza inmediatamente este tema con otro misticismo, la analogía. Dios, por decirlo así, no es aún más que un punto: llenará dentro de poco el mundo.

Del mismo modo que al sentir su yo social habia el hombre saludado á su autor; así al descubrir deliberacion é intencion en los animales, las plantas, las fuentes, los meteoros y el universo todo, atribuye á cada objeto en particular, y luégo al todo, un alma, espíritu ó genio que los preside, prosiguiendo esa induccion deificante desde la más elevada cima de la naturaleza, que es la sociedad, á las más humildes existencias, á las cosas inanimadas é inorgánicas. Desde su yo colectivo, tomado por polo superior de la creacion, hasta el último átomo de materia, el hombre extiende por lo tanto la idea de Dios, es decir, la idea de personalidad y de inteligencia, como nos cuenta el Génesis que *extendió* el mismo Dios *el cielo*, es decir, creó el espacio y el tiempo, capacidades de todas las cosas.

Así, sin un Dios, artífice supremo, no existirían el universo ni el hombre: tal es la profesion de fé social. Pero tampoco sin el hombre habria sido pensado Dios — saltamos este foso — no sería Dios nada. Si la humanidad necesita de un autor, Dios, los dioses, no necesitan ménos de un revelador: la teogonía, las historias del cielo, del infierno y de sus moradores, esos sueños del pensamiento humano, son el reverso del mundo, que ciertos filósofos han llamado en cambio el sueño de Dios. Y ¡qué de magnificencia en esa

creacion teológica, obra de la sociedad! Quedó eclipsada la creacion del *demiurgos*, vencido el que llamamos el Todopoderoso; y durante siglos dejó de fijarse la encantada imaginacion de los mortales en el espectáculo de la naturaleza por contemplar las maravillas olímpicas.

Bajemos de esta region fantástica. La implacable razon llama á la puerta: es preciso responder á sus formidables preguntas.

¿Qué es Dios? dice; ¿dónde está? ¿cuántos es? ¿qué quiere? ¿qué puede? ¿qué promete? Y hé aquí que ante la antorcha de la análisis, las divinidades todas de la tierra, del cielo y de los infiernos quedan reducidas á un no sé qué incorpóreo, impasible, inmóvil, incomprendible, indefinible, á la negacion, en una palabra, de todos los atributos de la existencia. Y sea, en efecto, que el hombre atribuya á cada objeto un espíritu ó genio especial; sea que conciba el universo como gobernado por un poder único, no hace nunca sino SUPONER una entidad incondicional, es decir, imposible, para deducir de ella una explicacion tal cual de fenómenos que de otro modo le parecen inconcebibles. ¡Misterio de Dios y de la razon! A fin de hacer cada vez más *racional* el objeto de su idolatría, el creyente le vá despojando poco á poco de todo lo que podia hacerle *real*; y despues de prodigios de lógica y de genio, resulta que ha dado al Sér por excelencia los mismos atributos de la nada. Esta evolucion es inevitable y fatal: el ateismo está en el fondo de toda teodicea.

Veamos si podemos hacer comprender ese progreso.

Apenas ha creado nuestra conciencia á Dios, creador de todas las cosas; en otros términos, apenas hemos elevado á Dios de la idea de yo social á la idea de yo cósmico, cuando nuestra reflexion se pone á

demolerle so pretexto de perfeccionarle. ¡Perfeccionar la idea de Dios! ¡Depurar el dogma teológico! Esta fué la segunda alucinacion del género humano.

El espíritu de análisis, Satanás infatigable que interroga y contradice sin cesar, debia tarde ó temprano buscar la prueba del dogmatismo religioso. Ahora bien, determine el filósofo la idea de Dios, ó declárela indeterminable; acérquese á su razon ó aléjese de ella, sostengo que esa idea no deja de sufrir quebranto: y como es de todo punto imposible que la especulacion se detenga, la idea de Dios no puede ménos de desaparecer á la larga. El movimiento ateo es, pues, el segundo acto del drama teológico; y este segundo acto nace del primero, como el efecto de la causa. *Los cielos cuentan la gloria del Eterno*, dice el salmista; añadamos: y su testimonio le destrona.

En efecto, á medida que el hombre observa los fenómenos, cree distinguir cosas intermedias entre la naturaleza y Dios: relaciones de número, de sucesion, de figura; leyes orgánicas, evoluciones, analogías; cierto encadenamiento, por fin, con que se manifiestan ó se provocan unas á otras las manifestaciones de la vida. Observa hasta que en el desarrollo de esa sociedad de que forma parte, entran por algo las voluntades particulares y las deliberaciones comunes; y se dice que el Supremo Espíritu no obra directamente, ni por sí mismo sobre el mundo, ni de un modo arbitrario y por capricho, sino mediatamente, por resortes ú órganos sensibles y en virtud de ciertas y determinadas reglas. Y subiendo mentalmente por la cadena de los efectos y de las causas, coloca en la extremidad, como en un volante, á Dios.

Más allá de los cielos todos,
El Dios de los cielos mora,

ha dicho un poeta. Así, del primer salto que dá la teoría, queda reducido el Sér Supremo á la funcion

de fuerza motriz, clavija maestra, clave de bóveda, ó si se me permite una comparacion áun más vulgar, á la funcion de soberano constitucional que reina, pero no gobierna, jurando obedecer á la ley y nombrar ministros que la ejecuten. Pero impresionadó por la ilusion que le fascina, el deista no vé en ese ridículo sistema más que una nueva prueba de la sublimidad de su ídolo, que hace segun él servir á sus criaturas de instrumentos de su poder, y redundar en su gloria la sabiduria de los mortales.

Pronto, no satisfecho el hombre con limitar el imperio del Eterno, por un respeto cada vez más deificada pide participacion en él.

Si soy un espíritu, un yo sensible que emito ideas, continúa diciendo el deista, yo participo tambien de la existencia absoluta; soy libre, creador, inmortal, igual á Dios. *Cogito, ergo sum*; pienso, luego soy inmortal: este es el corolario, esta la traduccion del *ego sum qui sum*: la filosofia está de acuerdo con la Biblia. La existencia de Dios y la inmortalidad del alma son producto de la conciencia en un solo y mismo juicio; allí habla el mortal en nombre del universo, á cuyo seno trasporta su yo; aquí habla en su propio nombre, sin advertir que en esa ida y venida no hace más que repetirse.

La inmortalidad del alma, verdadera escision de la divinidad, que en el momento de su primera promulgacion, verificada despues de un largo intervalo, se presentó como una herejia á los ojos de los fieles del dogma antiguo, no por esto fué ménos considerada como el complemento de la majestad divina, como el postulado necesario de la bondad y la justicia eterna. Sin la inmortalidad del alma no se comprende á Dios, dicen los deistas, y son en esto parecidos á los teóricos de la política, para los que son condiciones esenciales de la monarquía una repre-

sentacion suprema y funcionarios en todas partes inamovibles. Mas tan exacta es la paridad entre las doctrinas, como flagrante la contradiccion entre las ideas: así el dogma de la inmortalidad del alma fué pronto la piedra de escándalo de los teólogos filósofos, que desde los tiempos de Pitágoras y de Orfeo se esfuerzan inútilmente en armonizar la razon con la fé, y los atributos divinos con la libertad humana. ¡Motivo de triunfo para los impíos!... Pero la ilusion no podia desaparecer tan pronto: el dogma de la inmortalidad del alma, precisamente porque era una limitacion del sér increado, era un progreso. Si el espíritu humano se ilumina con la adquisicion parcial de la verdad, no retrocede jamás, y esta perseverancia en su marcha es la prueba de su infalibilidad. Vamos á adquirir de este aserto una nueva prueba.

Haciéndose el hombre parecido á Dios, hacia á Dios parecido á sí mismo; y esa correlacion, calificada de execrable durante muchos siglos, fué el invisible resorte que determinó el nuevo mito. En tiempo de los patriarcas, Dios celebraba pactos de alianza con el hombre; ahora, y para mejor cimentar el pacto, Dios vá á humanizarse. Tomará nuestra carne, nuestro semblante, nuestras pasiones, nuestras alegrías y nuestras penas; nacerá de una mujer, y morirá como nosotros. Luégo, despues de esa humillacion de lo infinito, pretenderá aún el hombre haber agrandado el ideal de su Dios, haciendo por una conversion lógica del que habia hasta entónces llamado creador, un conservador, un redentor. No dice aún la humanidad: soy yo quien soy Dios, porque se horrorizaria en su piedad de usurpacion tamaña; pero dice ya: Dios está conmigo, EMMANUEL, *nobiscum Deus*. Y en el momento en que la filosofía con orgullo y la conciencia universal con espanto

exclamaban unánimes: los dioses se van, *excedere Deos*, se abria un período de ferviente adoracion y de fé sobrehumana que debia durar diez y ocho siglos.

Pero se acerca el término fatal. Toda monarquía que se deja circunscribir acaba por la demagogia; toda divinidad que se define, es decir, que se determina, vá á perderse en un pandemonio. La cristolatría es el último término de esa larga evolucion del pensamiento humano. Los ángeles, los santos, las vírgenes, reinan con Dios en el cielo, dice el catecismo; los demonios y los réprobos están en los infernos sufriendo eternos suplicios. La sociedad ultramundana tiene su izquierda y su derecha: es hora ya de que la ecuacion se consuma, es hora ya de que esa jerarquía mística baje á la tierra y se manifieste en toda su realidad.

Cuando Milton representa á la primera mujer mirándose en una fuente y tendiendo con amor los brazos á su propia imágen como para abrazarla, pinta rasgo por rasgo al género humano.— Ese Dios que tu adoras, ¡oh hombre! ese Dios que tú has hecho bueno, justo, todopoderoso, sabio, inmortal y santo, eres tú mismo; ese ideal de perfecciones es tu imágen depurada en el espejo ustorio de tu conciencia. Dios, la naturaleza y el hombre son el triple aspecto del sér uno é idéntico; el hombre es el mismo Dios, que llega por mil evoluciones á adquirir la conciencia de sí mismo; se ha sentido Dios en Jesucristo, y el cristianismo es verdaderamente la religion del Dios-Hombre. No hay otro Dios que el que desde un principio ha dicho: yo; no hay otro Dios que tú.

Tales son las últimas conclusiones de la filosofía, que espira rasgando el velo que cubria el misterio de la religion y el suyo propio.